



## **OBAMA: EXPECTATIVAS Y REALIDADES**

*Dr. Raúl E. Cuello*

*Enero de 2009*

La sola asunción de la presidencia por parte del Barak Obama cambió el clima de las expectativas en el mundo. Se supone por sus dichos que un nuevo escenario, fundado en las mejores tradiciones americanas, dejará atrás en un tiempo prudencial la crisis que con epicentro en su país se ha extendido por todo el orbe y cuyo desarrollo no permite avisorar, hasta el presente la profundidad que ha de alcanzar, ni sus costos en términos de desempleo universal, pobreza, marginación y exclusión social.

La tarea que le espera al joven académico que ha coronado una meteórica carrera política es ciclópea aunque es forzoso reconocer, que cuenta con la desventaja de no haberse desempeñado, antes de ahora, en cargos ejecutivos estatales o privados. La urgencia con que debe actuar, no le permite ningún período de adaptación ni aprendizaje en su nueva ocupación y lo que no deja de ser trascendente, con el agregado de multitudes observándolo y dispuestos a juzgar sus acciones día tras día.

Tanta es la confianza en él depositada, que la opinión pública lo ha elevado a la categoría de triunfador “sin haber subido al ring”, o aún antes, al entusiasmarse con sus elocuentes discursos de campaña. El “We can Believe in Change”, ha dejado de ser una expresión de circunstancias y el Presidente Obama tiene la responsabilidad de convertir la expresión en

realidad. Está urgido de dar evidencias que camina en esa dirección en los próximos cien días, lapso que normalmente los electores conceden a sus elegidos.

En el intento de sistematizar los campos que debiera seguir el nuevo presidente, me permitiría señalar dos, aunque con la aclaración que no hay un orden secuencial entre ellos ya que deben ser tratados simultáneamente. El primero, está referido a la estructura de poder sobre la que debe tomar decisiones y el segundo, el referido al diagnóstico y lineamientos de la política económica a seguir en el corto y mediano plazo.

En tal orden de ideas, puede afirmarse que la eficiencia en la implementación de las decisiones gubernamentales, dependen del grado de control que el Presidente Obama tenga de los distintos Departamentos y Servicios del Gobierno Federal. No he de referirme a todos ellos, pero por sus características, el mejor ejemplo lo brinda la FED. Esta institución desde hace tiempo, funciona con un grado de autonomía tal que se ha constituido en un Estado dentro del propio Estado. En el pasado mediato, ha sido, bajo la conducción de Allan Greenspan la mayor, aunque no la única, responsable de la crisis actual, al direccionar una política monetaria y crediticia sumamente expansiva, en un marco carente de controles sobre las entidades bancarias, lo cual dio lugar a un extraordinario desborde de la Demanda Global (pública y privada), financiada con no menos espectaculares desequilibrios de la Balanza Comercial. Al actual presidente de la FED, Ben Bernanke, la crisis financiera le estallo en su propia cara y a lo único que atinó, fue a correr detrás de las circunstancias hasta que, llevó el nivel de tasas al mínimo posible, es decir casi cero, con lo cual, la FED hoy carece, prácticamente, de control monetario sobre el sistema. La autonomía es un valor entendido y compartido técnicamente en materia de banca central, pero no bajo las circunstancias y condiciones expuestas.

Más allá de consideraciones monetarias, nadie discutiría que el funcionamiento de la economía, implica una eficiente asignación de recursos en el marco de un sistema no distorsionado por expresiones monopólicas, que en el caso de existir, deberían estar sujetas a un afinado control estatal. No es el caso de la economía americana, donde los indicadores reflejan la influencia de poderosos sectores de intereses, enquistados en la estructura del

mismo Estado Americano. Que el mercado financiero funcionara de la manera especulativa como lo hizo, revela que los operadores principales de Wall Street sacaron ventajas de la potencial crisis, a la que ayudaron por acción casi todos y muy pocos, si los hubo, por omisión, aunque es forzoso decir que en el mundo de las finanzas la inocencia no se presume. Pues bien, los controles aparecen ahora y no antes como debió haber sido. Por lo demás a varios meses del estallido, no parecen existir evidencias suficientes como para el juzgamiento de responsables, como si no los hubiera habido.

En este mismo orden de ideas, se encuentra la acción de los intereses vinculados a las grandes empresas, fundamentalmente las vinculadas a la fabricación de armamentos y a las controlantes de mercados estratégicos como son las de medicamentos, hidrocarburos, materias primas, etc. No es solo reglamentando la actuación de los lobbistas profesionales, como ha sido anunciado, que habrán de limitarse sus efectos nocivos, ya que hay que rastrear en la actuación de los hacedores de leyes e instrumentadores de las mismas desde la función pública, con directa participación en tales empresas.

En el tercer lugar de este primer campo de acción, es pertinente preguntar: ¿estará dispuesto el Presidente Obama a establecer como corresponde, la responsabilidad del ex Presidente Bush en decisiones que tuvieron como base la mentira y el recorte de las libertades públicas en la sociedad americana? El votante lo reclamó así en su voto a la esperanza. Decían las multitudes replicando al candidato, “We Hope” y “We Can”, y es ahora Obama Presidente, quien debe cristalizar esas aspiraciones. Las mentiras de Bush constituyen un icono de lo que no debe ser. Invadir y declarar la guerra a Irak mediando informes que establecían que no existían en ese país armas que a él lo obsesionaban, constituyen, por sus implicancias y repercusiones, verdaderos delitos de lesa humanidad. Un punto de partida creíble debe descansar sobre cimientos sólidos para que el mundo pueda creer en verdaderos liderazgos. Cercenar las libertades públicas para controlar la actividad de los ciudadanos, no constituían precisamente elementos que destacaran los desvelos de los “padres de la patria americana”.

Los primeros cien días de gobierno deben avanzar, no sólo en el frente de una economía totalmente desbalanceada, comenzando por reconocer que las experiencias del pasado no son transmisibles al presente y por ende tampoco las formulas utilizadas. El mundo globalizado de hoy apenas tiene dos décadas de vigencia y como una verdadera cadena de transmisión las decisiones en la mayor economía del mundo tienen proyecciones inéditas. Por lo tanto, si bien es cierto que la crisis tuvo su origen en el mal funcionamiento del sistema financiero americano, en la actualidad muestra toda su crudeza en el sector real de todas las economías del planeta.

La caída de la demanda de consumo por excesivo endeudamiento privado se proyecta a los menores niveles de inversión y descenso en la producción, dejando como secuela un margen ocioso de capacidad instalada y lo que es peor de desempleo abierto. En esta etapa de la crisis nos encontramos ahora. La asistencia a los Bancos no ha de solucionar el problema ya que estos no prestan los fondos asignados por el TARP (Troubled Assets Relief Program) para no asumir riesgos, pero tampoco encuentran quien demande a tasas de intereses fuertemente positivas. Adicionalmente debe mencionarse que los 750 MM obtenidos del Congreso en los últimos días de Bush, se asignaron sin obligación por parte de las entidades de prestarlos a quienes los necesitaren a tasas de intereses compatibles con las reducciones establecidas por la FED. El Presidente Obama estudia la creación de un “Banco Basura”, pero está por verse si estos cursos de acción son o no idóneos para reestablecer los equilibrios financieros del sector privado.

Pero puede afirmarse que en modo alguno ha de servir para terminar con la recesión, porque la economía está partida en dos, dicho de otro modo, la economía financiera está divorciada de la economía real. El mejor indicador para medir el “agujero negro que existe en la demanda global” es el desempleo. Para estar en equilibrio se acepta que un 5% sería una tasa aceptable en una economía en crecimiento suficiente para crear, en el caso americano, un millón de puestos de trabajo. Tal tasa implicaría 6,5 millones de desocupados. Pero es el caso que en el año 2007, se crearon 0,8 millones de puestos de trabajo en lugar del millón de equilibrio. La cuestión empeoró el año 2008, donde además de no crear nuevos puestos quedaron desempleados 2 millones de trabajadores, es decir, 3 millones en total, o sea algo así como el 50% del stock normal. Dicho en otros términos, a

enero de 2009, el desempleo es del 7% aproximadamente. La mala noticia es que la proyección actual es de 500 mil trabajadores que pierden su trabajo cada mes. Si la tendencia no se quiebra, a fin de 2009, el desempleo llegará al 12% contando el millón de nuevos trabajadores. En total cerca de 16 millones de personas con todas las secuelas sociales fácilmente explicables.

En este punto es donde aparece la prioridad que debe asignarse a la Política Fiscal en el diseño de la Política Económica. El punto es que en las condiciones actuales, ninguna propuesta de reducción impositiva, como se incluye en el paquete de u\$s 820 MM por un monto de u\$s 270 MM será eficiente para reactivar la actividad económica y esto por dos razones: primero por la filtración del multiplicador que solo es igual a uno para los grupos de menores ingresos y segundo que no está asegurado que aquellos que pertenecen a los estratos medios y superiores aumenten su nivel de gasto. Hoy en día se considera mucho más eficiente al gasto que a la reducción de los impuestos cuando se quiere atacar rápidamente el problema del desempleo. Pero es el caso que los u\$s 550 MM destinados a proyectos de inversión, mejoras en salud, educación y ayuda a los pobres, lucen absolutamente insuficientes para mejorar el desempleo.

La afirmación surge porque las relaciones macro revelan que el costo de bajar 1% del PBI el desempleo cuesta cerca de u\$s 220 MM por lo que en lo inmediato, conforme el escenario actual, harán falta no menos de u\$s 880 MM. De esta manera, pareciera que los objetivos del Presidente Obama están subestimando la gravedad de la crisis y según la evidencia empírica, en este terreno es mejor pecar por exceso que por defecto habida cuenta del rol que cumplen las expectativas.

Es obvio que todo lo gastado más el proyectado, sumado al descenso de la recaudación impositiva influenciada por la recesión, el déficit presupuestario en 2009 aparece como impactante. Pero es el caso que la ortodoxia debe hacer lugar al necesario pragmatismo que implica sacar la mayor economía del mundo de un cuadro gravísimo en términos sociales. Un simple ejercicio de costos-beneficios ha de dar la respuesta adecuada, máxime cuando no existe riesgo de inflación habida cuenta del amplio margen de capacidad ociosa. Por lo

demás, paradójicamente la recuperación sobre estas líneas será compatible con la revaluación del dólar y la mejora en la cotización de las materias primas. Que Estados Unidos vuelva a funcionar como locomotora del mundo, demostrará originalidad, confianza y credibilidad en los hacedores de su reconstrucción, encabezados por el Presidente Obama.

En caso contrario, la recesión no se ha de solucionar en menos de un quinquenio, habida cuenta de la frustración que ha de producir una estrategia gubernamental equivocada que muestre que “el cambio no fue posible” por seguir los caminos de la sabiduría convencional.